

# La maldición del cuervo

Ari I.A.



## Capítulo 1

Había una vez un pueblo pequeño, bonito y remoto. En los alrededores de este pueblo vivía una gran variedad de plantas y mucha cantidad y diversidad de animales: en formas, colores, tamaños... y entre tanta ave de hermoso plumaje y de cantos celestiales, contrastaban los repugnantes cuervos. Feas plumas, horridos graznidos y pésimo gusto alimenticio; aun así, los pueblerinos no les tomaban la debida importancia. Vivían cómodamente y solo preocupándose de que llevarse a la boca.

Un día, desde tierras lejanas vino un comentario:

*«Tanto cuervo me pone los pelos de punta»*

Los aldeanos se cuestionaron. Es cierto que la cantidad de cuervos en ese pueblo era grande a comparación de otros lugares, pero no era motivo de preocupación ¿Por qué debería serlo?

*«¿Qué no lo saben?! Estas criaturas son los mensajeros del mal ¡Un solo vistazo a su mirada basta para que la calamidad entre a tu hogar!»*

Desde ese momento los ojos de los aldeanos se abrieron. No sabían bien que significaba calamidad, pero todo empezó a tener sentido: los panes desaparecidos, el agua sucia del pozo, La calor que estaba haciendo, la jaqueca de las señoras... ¡Todo lo malo del pueblo debía ser una maldición que trajieron los desgraciados cuervos!

Las personas no pudieron quedarse quietas ante tal situación, cada persona se armó: bates, palas y escobas; resorteras, zapatos y redes... Todo era bienvenido a esta exterminación del mal. Cazar cuervos se volvió el deporte favorito de muchos, la cantidad que cazabas de estas aves era proporcional al prestigio que tenias en el pueblo. Fue larga y dura la labor, pero ningún propagador de maldad quedó en aquel lugar. Y después de mucho tiempo, los aldeanos festejaron como nunca.

«¿Qué huele tan mal?» Era lo primero que pensaban las personas al despertarse. Los más madrugadores habían salido a ver y se dieron cuenta que en las orillas del pueblo había cadáveres en putrefacción de animales. No pasó mucho para que la gente se uniera y enterraran esos restos. Sin embargo, la situación no cambió, cada día el hedor de los cuerpos descomponiéndose invadía las casas de los habitantes.

«¿QUÉ HICIMOS?!» Se jalaban los cabellos y se rasguñaban la cara.

**«¡HEMOS ENOJADO AL DIOS DE LOS CUERVOS! ¡NOS HA CAÍDO OTRA MALDICIÓN POR MATAR A SU GENTE»**

«¿AHORA QUE HAREMOS?!» lloriqueaban.

Desde atrás, mirando hacia abajo con una gorra, con un paso lento pero firme, venía el más anciano de todos. Levantó la cabeza y su rostro se iluminó:

«Hay que ofrecer una gran ofrenda a esta deidad y suplicar su perdón» dijo con una voz rasposa.

Y así hicieron...

Pusieron grandes canastas llenas de frutas, pan y flores en el centro del pueblo, y todos unánimes entonaban un coro alrededor de la ofrenda.

### **Y obtuvieron la respuesta...**

Pero no la que esperaban, sino la respuesta de todas las ratas y cucarachas que se acercaron para degustar el festín y deleitarse con la música de fondo. Los animales sin vida seguían apareciendo.

La desesperación volvió a asomarse. La gente estaba cansada de cavar, los huecos de la tierra ya no eran suficientes.

«¿AHORA QUE HACEMOS?!»

«Hay que hacerlo mejor» dijo el anciano.

Las ofrendas cada vez eran más elaboradas...

### **y el sacrificio humano se convirtió en una opción.**

El primero en ofrecerse fue el anciano, se tomó unas botellas de licor y con un viejo revólver se disparó, fue una bala limpia. Los más mayores siguieron su ejemplo, y guiados por su intención de ayudar al pueblo se mataron.

### **Las cosas siguieron igual...**

Lo que no siguió igual fue el método de sacrificio. El acto empezó a deprimirse, volviéndose más atroz y cada vez más sucio.

### **Esta vez fueron los más pequeños...**

Seguían los jóvenes; pero ya nadie quería morir. La gente agarró sus cosas y se marchó en búsqueda de un nuevo lugar para vivir, aunque eso significara cruzar un peligroso camino donde podían encontrar el destino del que huían.

### **El pueblo terminó desolado y en ruinas.**

Tal vez, algunos pueblerinos aun pensando que fue una maldición, esparcieron las historias de como terminó el pueblo por culpa de las aves del mal. Otros, tal vez, prefirieron quedarse en silencio, por el nauseabundo sentimiento que les dio saber que nunca existió una tal maldición del cuervo; sino que la verdadera maldición fue su ignorancia; pues extinguieron al único animal carroñero del lugar que se comía los animales muertos de cada día y mantenía al pueblo limpio.